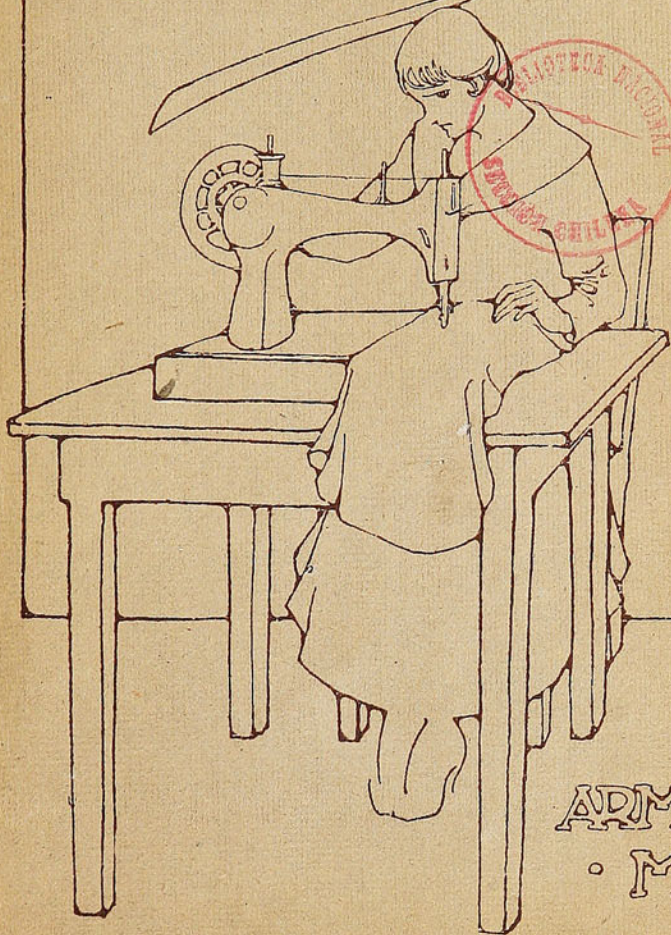


8

ISABEL SANDOVAL

Modas



J. Delano / 1911

ARMANDO
• MUCK



ISABEL SANDOVAL
MODAS



ARMANDO MOOCK

ISABEL SANDOVAL

MODAS

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO ROYAL el 28 de Mayo de 1915
por la compañía DÍAZ DE LA HAZA



Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA, 130
1915

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito prescrito
por la ley

DEDICATORIA

Las letras de la imprenta, ese conjunto de caracteres, esas manchitas negras que se van colocando en fila como soldados en el campo de batalla, por poco que ellas valgan, siempre llevan en sí cariño, vida, ilusiones y esperanzas del autor. Todo eso es lo que dedico a Don Manuel Díaz de la Haza, ya que la suerte que es tirana no quiere dejarme inscribir en esta primera página el nombre más querido para mí. Acepte Ud., Don Manuel, este pequeño tributo con que rindo culto al maestro, al amigo y al consejero, que lucha sin tregua por el engrandecimiento del Teatro Chileno, imponiéndose sacrificios, venciendo infranqueables dificultades, realizando utopías y desentendiéndose de esa cadena interminable de "pequeñeces" con que rodean a todos los que luchan por un ideal.

EL AUTOR.

Santiago, Junio de 1915.



REPARTO

ISABEL,	45 años	...	Sra.	<i>Concepción González</i>
INÉS,	19	»	...	» <i>Matilde Toscano</i>
ADRIANA,	20	»	...	» <i>Pepita Díaz</i>
ENRIQUETA,	50	»	...	» <i>Gracia Villar</i>
ALEJO,	55	»	...	Sr. Manuel Díaz de la Haza
JUAN,	22	»	...	» <i>Santiago Artigas</i>
LALO,	20	»	...	» <i>Rodolfo del Campo</i>

Derecha e izquierda las del actor.

Época actual

Estrenada en el Teatro Royal, con éxito, por la compañía *Díaz de la Haza*, el día 28 de Mayo de 1915.

ACTO PRIMERO

Salón de un taller de modas que es a la vez sala de trabajo y salón de pruebas. Habitación de un segundo piso con dos balcones, en que habrá maceteros con claveles y geranios; se divisan los tejados y torres de la ciudad. Al interior una mesa de centro, sobre ella una lámpara, figurines, muestrarios y demás cachivaches; un espejo de tres cuerpos, dos o tres maniquies de diversos tamaños, una máquina de coser (de pie). En las paredes, oleografías y cuadros representando la moda, en un rincón un gancho del cual penden un sinnúmero de moldes; un canasto de costura, un medio amueblado y sillas suplementarias. Costuras diseminadas en toda la habitación, pero sin que parezcan estar en desorden.

Todos los muebles viejos, pero muy aseados; dos puertas, a la calle debe conducir una de ellas. A la derecha dos puertas más que dan a las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA

Aparecen *Isabel* sentada junto al balcón, se ha quedado dormida con la costura en las manos. En el otro extremo de la habitación, *Adriana* sentada a la máquina cosiendo, cerca de ella, *Inés* arma una falda puesta al maniquí.

Al alzarse el telón sólo se oirá el ruido de la máquina de coser al dar vueltas, el canturreo de *Inés* y los ronquidos intermitentes de *doña Isabel*, a poco, *Inés*, dejando de cantar, cansada de dar vueltas a la falda quitando y poniendo alfileres, se retira para contemplar de lejos su obra,

dando una patadita de impaciencia que hace despertar sobresaltada a doña Isabel.

INÉS

No sé que tengo hoy!

ISABEL

No sé como me he quedado traspuesta (vuelve a su trabajo).

ADRIANA

¿Qué te sucede?

INÉS

¡Cuidado que es fea la caída que tiene esta falda!

ADRIANA

No te preocupes que a la dueña de ese vestido no le importan las caídas...

INÉS

Lo dices con malicia; no seas mala lengua; desde que esa señora se ha interesado por Juan, tú la tienes tirria.

ADRIANA

¿Se ha interesado solamente? Quien lo sabe! Pero lo que sé de seguro es que esa señora me mira... como te diré, con una cara entre despreciativa y burlona como diciendo: «conque esta chica es la novia de Juan».

INÉS

Vamos, ya pareció aquello, estás celosa del cariño de Juan!

ADRIANA

¿Celosa yo? Nó.

INÉS

Si no importa: dicen que no hay amor sin celos.

ADRIANA

Pues yo te aseguro que los que dicen eso, mienten; amor es un chico muy discreto y no cela jamás sin motivo; la mujer que cela sin razón a un hombre, es que no está segura de sí misma.

INÉS

Yo no sé que motivos tienes para dudar de Juan, si es porque visita a la señora Miranda, es muy poco. El se ve obligado a ir por que lo invitan, y tú comprendes que...

ADRIANA

No, Inés; se miente con la palabra, se engaña con la mirada, pero hay un algo en nosotras que nos denuncia al traidor; que no nos queramos convencer, eso es ya diferente; pero que existel... tú lo sabes tan bien como yo, pero por el cariño que me tienes tratas de engañarte tú y de engañarme a mí.

Tu hermano Juan me quiso con amor de poeta adolescente, pero ahora no soy para él más que un recuerdo de

sus amores de colegial, una estrofa en el libro del poeta, como el dice. Fui un sueño que se disipó. La muchachilla ingenua que le enseñó el abecedario del amor para que supiera leer de corrido en el libro de... de la de Miranda, por ejemplo.

INÉS

No defiendo a Juan, sólo te digo que no es malo.

ESCENA II

Dichas y Don Alejo

ALEJO

Dos muchachas que hablan así tan bajito,... ¡Amor!
¡Amor! cuidado con él. He adivinado ¿verdad? ¡ja! ¡ja!

ISABEL

Usted siempre alegre, siempre bromista, don Alejo, que Dios le conserve el buen humor.

ALEJO

Y a usted que la conserve para que me lo desee; ¡caray!

INÉS

¿Se marcha ya el señor tenedor de libros?

ALEJO

Si no mandas otra cosa; pero no me digas «tenedor» mira que te pincho... ¡No faltaba más, ¡caray!

INÉS

Tiene gracia.

ALEJO

Verdad que tiene gracia eso de tener todos los oficios? afinador de pianos, copista, comisionista de tejidos de punto; de chocolates, de perfumería, y ahora tenedor de libros, y siempre pobre, ¡caray! que se necesita paciencia para ser pobre!

ISABEL

No se queje usted don Alejo, que allá en el cielo tendremos nuestra recompensa.

ALEJO

No me quejo, pero, ¿cree usted que tendré la recompensa en el cielo?

ADRIANA

Y lo dudas papá?

ALEJO

Nó, es que estaba pensando que si Dios fuese comerciante le ofrecería una transacción; que me diera la recompensa en plata, y tan amigos como antes.

ISABEL

¡¡Don Alejo!!

ALEJO

¿Señora?

INÉS

¿Tendré recompensa yo, mamá?

ISABEL

¿No ve usted don Alejo? ¿Quieres callarte muchacha? Eso es una herejía.

ALEJO

¡Caray! con la señora, no ve usted que ha sido una broma.

INÉS

Yo lo digo muy seriamente.

ISABEL

Basta niña!

ALEJO

Ea! Ea! Mejor será que me vaya a buscar los libros del almacenero, es un tío de camiseta, fumador de puro retorcido y mal oliente, pero siempre risueño y con la panza rellena de tallarines. ¿Creerá usted señora que ese bachi-cha es el que me ha puesto incrédulo?

INÉ

¿Cómo puede ser eso, don Alejos?

ALEJO

Yo, antes no sólo creía, sino que llegaba a emocionarme cuando leía en la «Historia Sagrada» aquello de la multiplicación de los panes y los peces y las bodas de Canaán, pero desde que llevo los libros de ese almacenero, créame que Cristo se queda chiquitito ante los milagros de él...

ISABEL

¡Don Alejo, por Dios! No diga usted herejías que están las niñas oyéndolas.

ALEJO

Bueno, niñas, no oigan, que las herejías han sido para doña Isabel! Y ahora me voy por segunda vez. Y el caso es que..., se está tan bien aquí que no dan ganas de irse.

ISABEL

¿Volverá usted pronto?

ALEJO

Si me necesita usted. No tengo prisa.

ISABEL

Deseaba consultarle.

ALEJO

Pues me quedo.

ISABEL

Don Alejo, a usted que le tiene confianza Juan, a usted que le conversa, ¿no sabe usted qué le sucede? Lo he notado triste, distraído, ¿no le ha dicho nada a usted? ¿Será acaso?... Inés, trae de mi pieza el hilo de surcir que está sobre la cómoda. (Váse Inés, 2.^a izquierda).

ALEJO

(A Adriana).—Y tú, hija, asómate a la ventana a ver si voy muy lejos. Decía usted, señora.

ISABEL

Acaso serán esos amores que me han dicho que tiene con...

ALEJO

No diga usted más, ya la he comprendido; aquello ha sido algo pasajero, chiquilladas; pero ya que usted me pregunta, le voy a hablar con franqueza.

ADRIANA

(Desde la ventana).—Papá, ya vas torciendo la esquina.

ALEJO

Bueno, hija, cuando llegue al almacén te avisaré. Señora, veinte años llevamos de amistad; diez de los cuales hemos pasado bajo el mismo techo y ¡caray! disgustos no ha habido, ¿sabe usted por qué? Porque jamás, yo, ni

mi hija, hemos mediado en sus asuntos; pero crea usted, señora, que deseaba con toda mi alma que llegara esta ocasión.

INÉS

(Saliendo). Dos padres de familia conversando... ¡los hijos! ¡los hijos! cuidado con ellos. Mamá, no encuentro el hilo.

ISABEL

Pero ¿no comprendes, niña, que eres indiscreta?

ALEJO

Nó, señora Isabel, lo que voy a decir no es ningún secreto. Para que los hijos nos tengan confianza, hay que demostrársela a ellos. En fin, economicemos palabras. ¿Me autoriza usted para hablar con franqueza?

ISABEL

Ya lo creo, don Alejo.

ALEJO

Perfectamente. Pues voy a hablar en calidad de amigo leal y sincero... La educación que ha recibido Juan es la que lo ha hecho colocarse en esta situación.

ISABEL

Eso no es posible, ni tiene nada que ver...

ALEJO

Señora, un servicio; hablemos por turnos. No he dicho aun nada y ya está usted engrifándose como gallina con pollos, ¡caray!

ADRIANA

¡¡Papá!!

ALEJO

¿He dicho algo inconveniente?

ADRIANA

No, pero...

ALEJO

Un solo pero? No importa entonces; adelante. Cuando murió su esposo de usted, mi amigo Alberto, la situación económica era mejor que la actual, puesto que no necesitaban trabajar ustedes. Pero la situación social era poco más o menos la misma que ahora ¿no es así?

ISABEL

Verdad.

ALEJO

Muerto él, bienes de fortuna no quedaron, usted como mujer y buena madre no titubeó un instante en sacrificarse trabajando para educar a sus hijos.

ISABEL

Ese era mi deber.

INÉS

Ese era tu cariño.

ALEJO

Bueno. El cincuenta por ciento a cada uno. Lo cierto del caso es, que los buenos deseos de doña Isabel fallaron, no por falta de voluntad, sino porque sí, por que los ojos de usted se empezaron a cansar, se agotaron las fuerzas, la lechuza pasó graznando frente a estas ventanas y la miseria golpeó con sus alas los cristales.

ISABEL

Don Alejo, no recordemos aquello que pasó, es malo...

ALEJO

Que lo recuerde usted será malo, pero que lo recuerde yo, está muy bien, ¡caray!

Juan y Lalito, que estaban educándose como reyes, casi caen destronados. Lalo pasó a la Escuela de Artes a aprender un oficio, ya que su defecto a la lengua le dificultaba los estudios de carrera.

ISABEL

Aprendía muy poco...

INÉS

Y con mucho trabajo, pero estudiaba mucho.

ADRIANA

Demasiado tal vez.

ALEJO

Juan no deslumbró nunca con sus estudios ni se hizo

célebre en sus cursos, pero como es uno de esos que han caído parados en este mundo...

INÉS

Esa es la verdad, usted lo ha dicho.

ISABEL

Es muy feo, Inés, que una niña quiera mal a su hermano.

ALEJO

Protesto, doña Isabel, soy yo el que lo ha dicho; yo no le quiero mal, pero la verdad ante todo ¡caray!

Juan es ya bachiller, ha cursado tres años de carreras diferentes hasta llegar a la de su gusto, ahora ya trabaja; según dicen: pues bien, ¿le ha dado a usted alguna vez dinero? Nó: poesías y caricias solamente, mientras que Lalo, dinero, caricias y también poesías, si poesía llamamos a las satisfacciones.

ISABEL

Hay diferencia, don Alejo, Lalo ya tiene su oficio y gana mucho más; Juan quisiera darme algo, me lo ha dicho muchas veces, pero no le alcanza al pobre.

INÉS

¿Y cómo le alcanza a Lalo?

ISABEL

Es muy distinto, hijita, es muy distinto; Lalo en su oficio no necesita vestir bien, mientras que Juan...

INÉS

Perdona mamá, olvidaba que la poesía exige muchas cosa que...

ISABEL

Cualquiera creería que tú odias a Juan porque es poeta.

INÉS

Odiarle no, pero desear que no escriba versos, eso sí. El tiene obligación de saber que Lalo, tú y yó, trabajamos y vivimos en la pobreza para que el se dedique a cantarla.

ADRIANA

No olvides, Inés, que todos en este mundo necesitamos un poco de poesía; él nació poeta, déjalo que cante.

ALEJO

¡Poeta! ¡poesía! Hay quien asegura que la poesía se encuentra en el hogar al terminar un día de esfuerzo y de trabajo, y no en la calle, en la ociosidad y el vicio.

ISABEL

Don Alejo, usted es muy cruel con mi pobre Juan.

ALEJO

¿Cruel yo? Yo que soy tan bueno como ustedes dicen. Nó, lo que hay de cierto es que las verdades son amargas y duele que nos las digan. Y ya que hablamos de

esto, hagámoslo claramente, Juan no cumple con su deber, Juan...

ISABEL

¡Don Alejo!

INÉS

Sí, mamá, tiene razón; Juan es tan pobre como nosotros y debiera ayudarnos; además, él es el mayor.

ISABEL

Es inútil que insistan, él no puede hacer otra cosa; cuando se reciba nos ayudará.

ALEJO

(Poniéndose de pie para marcharse).—Poco hemos ganado con la discusión; pero, aunque usted cierre los ojos a la realidad, me queda el orgullo de poder decir que yo le hice frente. Hasta luego hijita; hasta luego Inés.

ADRIANA

Hasta luego, papá.

INÉS

Hasta muy pronto, don Alejo.

ISABEL

¿Se va usted enojado?

ALEJO

¿Enojarme yo? ¡No faltaba más. ¡Caray! después de

haber cumplido con un deber me voy más contento que nunca, hasta luego.

(Sale tarareando un vals de moda. Isabel vuelve a su costura. Adriana siempre agachada trabajando. Inés que se había distraído con la discusión entablada, vuelve a dar muestras de impaciencia).

ADRIANA

¿Quieres que te ayude? Estos forros ya están concluidos.

INÉS

Hoy no sé que tengo en las manos que todo me sale torcido.

ADRIANA

(Yendo hacia ella).—Dame la almohadilla.

(Arrodillándose en el suelo y empezando a colocar y a quitar alfileres en el ruedo de la falda).—Ésta bien así.

INÉS

(Mirando desde lejos).—Eso es... así... un poco más subido de la derecha... no tanto... menos... un poco menos... ¡bastante! ¡Que bien lo has hecho! me has librado de un dolor de cabeza.

ESCENA III

Dichas y Lalo

(Viste como un obrero que es, tiene aspecto de muchacho intimidado por los golpes no sé si de la suerte o de las manos. Su cabello es rojo,

sus ojos son tristes; siempre con una sonrisa nerviosa, su rostro demuestra bondadosa ingenuidad; siendo feo es simpático; un defecto a la lengua lo hace hablar con dificultad y a tropezones; cuando se le atraganta una frase, gesticula nerviosamente y hace chasquear los dedos como acompañando una jota; mueve los brazos desesperado, buscando la frase que se le escapa; termina por una incoherencia o palabras desarticuladas, rascándose la nuca y pidiendo con los ojos que lo comprendan. Se muestra confundido cuando tiene que hacerle una caricia a su madre o a su hermana; parece que no se atreviera. Llega muy sofocado y cargado de paquetes).

LALO

Buenas tardes. ¡Qué ligero he subido, traigo una buena noticia... Casi corriendo me he venido porque... ustedes me comprenden... Buenas tardes mamá.

ISABEL

¿Qué te ha pasado? cuenta.

LALO

Ya lo diré, porque.... vengo rendido.... Buenas tardes, Inés.

INÉS

Buenas tardes chiquillo loco, vienes traspirando.

LALO

Buenas tardes, Adrianita.

ADRIANA

Buenas tardes, Lalo...

ISABEL

¿Y qué es tanto paquete?

LALO

Ya verán; el jefe muy contento por las instalaciones de... se acuerdan ustedes, verdad? me llamó a la oficina y me ha aumentado setenta pesos de sueldo y me ha dado una gratificación, además, por las instalaciones del motor de, de... en fin... ¿ustedes me comprenden?

INÉS

Esto merece un abrazo bien apretado.

ISABEL

¡Pobre mi Lalito! Eso está muy bien hijito.

ADRIANA

¿Habrás trabajado mucho? ¿Estarás muy cansado?

LALO

(Desenvolviendo uno de los paquetes y así sucesivamente a medida que va enumerando). Nó, nada, casi... nada. Me fui a comprar cosas; a mamá ¿qué le llevo, dije, para celebrar esto? y en fin... este marco para el retrato de papá.

ISABEL

¡Qué alegría me das! hoy mismo lo colocaré.

LALO

Para Inés, el juego de peinetas que te gustaba, ese... ese de la vidriera.

INÉS

Con que te pago yo, sino con otro abrazo? Qué bien me van a estar! (Va al espejo y se las coloca). Y qué orgullosa voy a ir con ellas! a todo el mundo en la calle le voy a decir que me las regaló mi hermano Lalo con su trabajo.

LALO

Para tí Adrianita...

ADRIANA

¿Para mí también?

LALO

No sabía qué... en fin... este corte de blusa; si no te gusta, puedes... por otro.

ADRIANA

¡Y qué bonito es! Gracias.

LALO

¿No está don Alejo?

ADRIANA

También para papá?

Es claro.

INÉS

LALO

Como él anda tanto en el día.... pensé ¿verdad? estas pantuflas.

ADRIANA

Qué contento se va a poner mi pobre viejo? !Qué bueno eres!

ISABEL

¿Te has gastado todo el premio?

LALO

Nó, nada... él... él... un regalo.

ISABEL

¿Y a Juan que le has traído?

LALO

Pasé por una joyería y quise comprarle un prendedor, pero él.... él.... ustedes comprenden.... no me atreví, yo tengo tan mal gusto y él... he preferido traerle el dinero.

ISABEL

Eso es mejor, que él elija.

INÉS

¿Y tú, Lalo, que te has comprado?

ADRIANA

Cierto. ¿Y tú?

LALO

La verdad, yo nada... voy a comprarme una blusa nueva... la otra del taller está... ¿ustedes comprenden?

ADRIANA

Traénos el género, nosotras te la haremos aquí, ¿verdad Inés?

INÉS

Ya lo creo; no sólo una, todas las que quieras.

ISABEL

Yo pegaré los botones y sacaré los hilvanes, ya que no sirvo para otra cosa.

ADRIANA

(Aparte).—¡Qué bueno es! Si Juan fuera...

INÉS

¿Te quiere mucho el jefe?

LALO

¡Mucho! todos los días me dice que... en fin... (se oye timbre) ¿Han llamado? Sí. (Va a abrir y vuelve). Es Juan. A ver que le parece mi regalo.

ISABEL

(Incorporándose como movida por un resorte). ¿Juan? (sale a recibirlo).

ESCENA IV

Dichos, Juan e Isabel

Juan es un muchacho de esos que podemos, sin pecar de pródigos, dar el título de buen mozo, viste con elegancia, gasta un tono de mandato poco de acuerdo con su edad, en una palabra, es la antítesis de Lalo.

JUAN

Buenas tardes madre. (Golpeándole en la mejilla suavemente, de un modo que parece que lo hace no por devoción sino por obligación). Buenas tardes chiquillas. (Mirando despreciativamente a Lalo que está en un rincón). ¡Ah! estas tú aquí, temprano has vuelto del trabajo.

LALO

Un poco.

ISABEL

¿Has andado mucho? ¿Dónde has estado? Estas pálido, ¿Vienes enfermo, hijo mio?

JUAN

¡Qué torbellino de preguntas! No traigo nada.

INÉS

Son atenciones, pero tú no entiendes de ellas; porque

te hablan te enojas y porque no te hablan también; es difícil comprenderte.

JUAN

Siempre he dicho «yo» lo mismo.

ISABEL

Vaya, ¿van a empezar a reñir?

ADRIANA

¿No sabes la noticia? A Lalo...

ISABEL

¿Quieres comer algo, Juan?

JUAN

No estaría demás, madre. (Vase Isabel).

ADRIANA

A Lalo le han ascendido el sueldo; mira los regalos que nos ha traído, este marco para el retrato de tu papá.

JUAN

No está mal, un poco charro.

ADRIANA

Yo lo encuentro muy bonito.

JUAN

Cuestión de gustos.

INÉS

¿Dónde está la plancha, Adriana?

ADRIANA

La dejé en el corredor. (Sale Inés). Estas peinetas para Inés.

JUAN

No son feas.

LALO

Como que las ha elegido ella misma.

ADRIANA

Estas pantuflas para papá, y esto para mí.

JUAN

Se conoce que hay plata.

LALO

Yo pensé regalarte un prendedor pero... en fin... ¿tú me comprendes? no tengo gusto para él... y he preferido traerte él... (Dándole un fajo de billetes).

JUAN

¿Cómo? ¿quieres ofenderme? No admito dinero regalado.

LALO

Perdóname, no creí ofenderte, en fin...

JUAN

¿Crees que soy un mendigo?

ADRIANA

Nó seas así, Juan! El ha creído mejor traerte... el dinero que iba a gastar en tu obsequio, para que tú lo compraras a tu gusto. Acéptalo; no seas así, Juan.

JUAN

La verdad es que este chico con sus modos... parece que quisiera dar una limosna.

LALO

Repito que no ha sido con mala...

JUAN

Acepto por Adriana; pero no como un obsequio sino como un préstamo.

LALO

Como tú quieras.

JUAN

Este dinero te lo devolveré con creces cuando yo tenga mi título.

LALO

(Se acerca y trata de acariciar a Juan).— Como tú quieras, Yo no pensé enojarte... yo te quiero Juan más, que...

JUAN

(Desprendiéndose de él bruscamente).— Bueno, basta! Tanto refregarte, vas a dejarme pasado al aceite de tus máquinas.

LALO

¡Perdona!... la verdad... en fin... (vase como perro a quien ha retado el amo).

ADRIANA

¿Por qué eres tan malo con él, que te quiere tanto?

JUAN

Ya sé que con todos soy malo; ya me carga que me lo repitas.

ADRIANA

Tú lo has dicho, ya todos te cargan en esta casa.

JUAN

No he querido decir eso; es que muchas veces tú comprenderás, Adrianita, está uno mal dispuesto y...

ADRIANA

Si no necesitas disculparte, nosotras, es natural no po-

demos colocarnos a tu altura, yo por lo menos, una pobre muchacha sin instrucción.

JUAN

No he dicho nada de eso.

ADRIANA

Es muy triste ser ignorante! Tal vez tú no te imaginas lo que es eso, se sufre mucho! Yo, algunas veces, los días Domingos, cuando tengo un rato de descanso, me voy a tu cuarto, me siento frente a tu mesa y cuando me veo entre tantos libros, siento unos deseos tan grandes de saber, que me los tragaría todos, desde el más chico al más grande; no te rías; pero quisiera saber mucho, mucho, tanto como tú y entonces poder alternar en tus conversaciones, pensar como tú, sentir como tú y hasta casi... vivir como tú. Ya he leído muchos, no creas.

JUAN

¿Has leído muchos? pero si tú no puedes...

ADRIANA

No te inquietes; siempre que encontraba alguno de esos... de esos que tú tienes... en fin, para no mentirte te diré que empecé a leer uno. Estaba en tu cuarto, pero tuve que dejarlo inmediatamente porque aquel libro... me había ofendido.

JUAN

¿Cuál puede ser ese libro tan terrible?

ADRIANA

Fué uno cualquiera que cogí al azar; si hubiera vuelto después a ver cuál era, me creería su cómplice; no supe más de él.

JUAN

Has de saber que no hay libro malo; todos enseñan algo.

ADRIANA

No dudo que todos los libros sean buenos porque todos enseñan, pero es que a menudo caen en manos como las mías, que no alcanzan todavía las enseñanzas que encierran y entonces nos hacen abrir demasiado los ojos para ver más claro lo que la falta de instrucción no nos deja comprender.

JUAN

¡Caramba con la Adrianita, no sabía yo de estos progresos! ¿Quién te ha enseñado a decir esas cosas?

ADRIANA

¿Quién? La razón, tus libros y mi ambición de saber. Créeme, ya no soy tan ignorante. Si supieras que placer me causa la lectura, sobre todo tus poesías! ¿Qué bonitas son, verdad? Ya sé varias.

JUAN

Recita alguna, cualquiera.

ADRIANA

Después cuando caiga la tarde y pase el ciego organillero ¿recuerdas cuantas veces lo hemos escuchado juntos? ¡Cuántas cosas nos dice el organillo! ¡cuántos secretos nuestros ha escuchado! Yo recitaré; pero tú también lo harás ¿verdad? ¿Sabes tú cuales son los versos que quiero que tú me digas?

JUAN

No se me ocurre cuales pueden ser.

ADRIANA

Aquellos que se titulan «Amor bohemio» los que empiezan: Te quiero: tú lo sabes... pero, qué? ¿Te has extrañado? ¿No los has escrito para mí? ¿No me contestas?

JUAN

¡Adriana!...

ADRIANA

Por qué vacilas.

JUAN

Es que no quiero engañarte.

ADRIANA

¿Engañarme?

JUAN

Sí, Adriana, yo te quise con locura, como no querré a mujer alguna; con toda la fuerza de mi primer amor, y si entonces te juré que te quería, no te mentí: y si te pedí

que esperaras a que hubiera terminado mis estudios fué porque creí poder cumplir con mi palabra; pero hoy el corazón se niega; mucho he sufrido te lo aseguro; a medida que el tiempo pasaba, veía con horror que la imagen tuya, mi primer amor se iba alejando lentamente. Yo con todas mis fuerzas quería quererte como antes, hasta que al fin un día contemplé con espanto que mi corazón ya no te amaba a ti. Perdóname.

ADRIANA

No tengo de que perdonarte.

JUAN

¿Porqué me esperaste, Adriana?

ADRIANA

No te preocupes, la vida es una perpetua espera, no me importa; si desde que nacemos esperamos la muerte. ¿Por qué no hemos de esperar también un desengaño?

JUAN

He sido un cobarde no lo niego.

ADRIANA

Cobarde nó, hombre solamente, y por lo tanto egoísta. Mi amor fué tu primer trofeo, ya sirvió de entretenimiento en algún corrillo de amigos, y tal vez de burla entre otras mujeres...

JUAN

Nó, eso nunca; mientras fuiste mi amor aquí sólo estu- viste y cuando el destino quiso llevarte te llevó como te traje... en silencio. Tal vez hice mal en no serte franco en un principio, me confieso cobarde, malo, ambicioso, egoís- ta y todo lo que quieras, pero era tan bello y tan puro tu amor que me daba miedo desengañarte.

ADRIANA

Como te conozco, palabras, palabras y más palabras. ¡Bueno, basta! No me atormentes más.

JUAN

Pero perdóname y olvídamе; soy un desgraciado, un poeta insaciable de amor: tal vez te habría hecho des- graciada, perdóname; de rodillas te lo pido.

ADRIANA

No te humilles que no es para tanto; sólo conseguirás que te aborrezca: ya que tu vida es de amores, aprende al menos a tenerlos con decoro.

JUAN

Ese mismo decoro que me exiges es el que me ha obli- gado a hablarte con lealtad y por la misma razón me veo obligado a dejar esta casa.

ADRIANA

¿Que te vas?

JUAN

He venido a participárselo a mamá.

ADRIANA

No quiero saber si haces bien o haces mal, pero cúmplase tu propósito.

JUAN

¿Qué vas a hacer?

ADRIANA

No vienes a decirlo? Pues que lo sepan en seguida; doña Isabel, Inés, Lalo!

ESCENA V

Dichos, Isabel, Inés, Lalo

ISABEL

¿Qué pasa, niña?

LALO E INÉS

¿Qué quieres, Adriana?

ADRIANA

Yo, nada. Es Juan que quería decirles. Pero ahora no se atreve.

ISABEL

¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

ADRIANA

Dice que se va de esta casa.

ISABEL

¡Hijo!

LALO

¡Juan!

INÉS

¿Tú?

JUAN

Pues, sí, es verdad; me voy, pero sólo por una temporada, por un poco de tiempo nada más.

ISABEL

Pero eso no es posible. Eso es una locura.

ADRIANA

Quizás al quererse marchar tenga razón; nosotras no podemos ofrecerle en esta casa otra cosa que cariño... pero nada más; mientras que lo que él necesita es otro ambiente, otra vida distinta que esta.

ISABEL

Pero qué dices, Adriana ¿tú le apoyas?

ADRIANA

¿Y por qué no?

JUAN

Pero si es muy natural que lo haga; no os pongáis así, parece que sucediera una desgracia o que fuera yo a morirme, siendo que apenas me voy a diez o quince cuerdas de aquí; vendré todos los días, nos veremos a cada momento; será, en fin, lo mismo que si viviera con ustedes.

ISABEL

A tí te sucede algo! ¿Te ha disgustado alguna cosa? Dilo con franqueza, sí, sí.

JUAN

Nó... si nó, al contrario, ustedes hacen lo que pueden por satisfacerme, pero...

INÉS

Pero no es bastante, dilo, no te achiques. Antes como no podías hacerlo de otro modo porque... porque no podías, esta casa era pasable, pero ahora que tienes como valerte, ahora que podrías ayudarnos, te crecen las alas y necesitas volar; tienes razón, el nidillo este es demasiado pequeño para el poeta y futuro abogado... Déjalo marcharse, mamá, déjalo que vuele, ya crió alas el cuervo.

JUAN

Inés, yo no tolero que me faltes, soy tu hermano mayor.

INÉS

Como quien dice el pavo real.

¡Inés!

ISABEL

LALO

Yo comprendo lo que quiere decir Juan porque... en fin... la verdad él...

JUAN

Y yo comprendo que hasta ahora no he sido más que una carga para la familia, como me lo acaba de decir Inés.

ISABEL

Nó, eso de ningún modo.

JUÁN

Cuando yo tenga mi título será otra cosa, entonces podré devolvarte con creces lo que campaneas tanto. Lo que hay es que tener un título, y eso es lo que a tí te molesta, no es lo mismo que ser un obrero a sueldo, sin más horizonte que armar y desarmar motores y andar apesantando el ambiente con el olor nauseabundo del sebo y las mil porquerías que...

ADRIANA

Calla Juan.

LALO

Pero si es verdad... El olor...

INÉS

Cállate! que la villanía que cometes... Lalo, Lalo...

dile algo, dile cuando menos que ese obrero que tanto desprecia... ¡Miserable! es el que le ha dado aliento para que lo insultes.

ISABEL

Por Dios niños, que no se puede hablar ni se puede exponer ideas sin que se pelee. No le haga caso Juan.

ESCENA VI

Dichos y Don Alejo

ALEJO

(Llega con unos paquetes bajo el brazo). Me siento pluma, parece que voy a volar. Traigo un champagne nacional que me han dicho que es superior; lo probaremos en casa y podremos dar nuestra opinión verdadera. Hola Juan. Qué te ha parecido el triunfo de Lalo? cuando lo he sabido me he puesto contentísimo. ¿No es verdad que hay que celebrarlo?

INÉS

No le diga usted nada, que Juan no está por los triunfos con aceite.

ALEJO

¿Qué es eso de aceite? ¡Caray! Si lo que he traído es champagne, ahora sí, porque es nacional no lo celebran, lo sentiría. A ver, quien prefiera el champagne de la «viuda Colicó» que pare el dedo... ¿Nadie? Así me gusta, no faltaba más ¡Caray! Hay que proteger la industria nacional. Nos vamos a tomar hasta el concho. ¡Pero qué

caras! si parece que yo estuviera diciendo misa! ¿Qué ocurre?

ADRIANA

Nada, papá: es que...

LALO

Eso es, es que...

ALEJO

Ya lo sé, ese badulaque de dueño de casa que ha subido el arriendo como había dicho? ¿Nó?...

INÉS

Juan se va de la casa.

ALEJO

Ja, ja, tiene gracia ¿Te han nombrado ministro?

JUAN

No me han nombrado, pero puede que algun día me nombren.

ALEJO

¿Pero es en serio lo que tú estas diciendo?

JUAN

Ya sabe usted don Alejo que no acostumbro a hablar en broma. Me voy.

ALEJO

Pues es un disparate.

ISABEL

Aconséjele usted don Alejo. Es una locura.

ALEJO

¿Y a donde se va?

INÉS

A vivir a otra parte por que aquí no le acomoda ya.

JUAN

Inés hazme el favor...

ALEJO

(Mirando a Adriana que baja la vista) Estoy seguro que ha sido pleito de enamorados.

ADRIANA

Un poco atrasado de noticias estás, por que mis amores con Juan han terminado hace tiempo.

ISABEL

¿Terminado?

ALEJO

¿Es verdad eso Juan?

JUAN

Sí, don Alejo.

ALEJO

Bueno, bueno, ya los confesaré yo, y asunto concluído
¡Chiquillerías!

ADRIANA

Nó, papá, estamos convencidos que no hemos nacido el uno para el otro y...

ALEJO

¡Bah! Yo tampoco nací para tu madre y sin embargo ¡Caray! nos entendimos. Esas son palabrerías; no faltaba más. Salir después de cinco años con que no se quieren por que no se comprenden.

ADRIANA

Nó, es que soy yo la que se ha convencido de que no lo quiero.

ISABEL

¿Adrianita, porque no quieres a mi Juan?

ALEJO

Déjela usted, eso corre de mi cuenta. Por el momento no se hable más de tu partida, Juan, y alegrarse que en este día tocan a felicidad.

JUAN

Nó, el momento de hablar de mi partida es ahora. He dicho que me voy y hay que aceptarlo; es para el bien de todos.

ALEJO

Pues vengan los motivos; porque lo que es a mí me parece que lo que quieres hacer es una gran burrada.

ADRIANA

¡¡Papá!!

ALEJO

Lo que he dicho; una gran burrada.

JUAN

Eso que mamá llama una locura y don Alejo una burrada, son exageraciones. Yo por mis estudios, mi carrera, mis amistades me he visto precisado, no diré a colocarme en otra esfera, pero sí, bajo otro ambiente.

LALO

Tiene razón.

JUAN

Me veo obligado... porque mis amigos...

ALEJO

No pueden ser nuestros amigos?

JUAN

También; sólo que ellos llevan otra vida.

ALEJO

Vida de crápula tal vez.

JUAN

Don Alejo, usted toma el rábano por las hojas.

ALEJO

No te enojés hijito, el pensamiento es tan rápido que no deja tiempo para medir los compases. Sigue.

JUAN

Aunque les parezca ridículo, yo tengo que conservar la apariencia social.

INÉS

Mejor harías en conservar...

ISABEL

¿Quiéres callarte Inés?

INÉS

Me morderé la lengua.

JUAN

Mis amigos me invitan a su casa a comer o a hacer onces y es natural... que yo pague esos agasajos con otros.

ISABEL

Muy justa y razonable es la petición del niño.

JUAN

Ellos quisieran visitarme, pero... ¿dónde?

ALEJO

¿No saben tu casa?

ISABEL

Nuestro comedor es chico, es pobre, pero allá nos arreglaríamos; no faltaría cómo. ¿Quiéres invitar a alguien?

JUAN

Pero no es posible que vengan aquí.

ALEJO

¡Cómo! ¿Te avergüenzas acaso de tu familia?

JUAN

Avergonzarme no, pero ellos son ricos y...

ALEJO

Y tú eres pobre y quieres aparecer como rico? ¡no faltaba más, caray! Razón tiene usted doña Isabel para decir que está trastornado.

JUAN

No me deja usted decir don Alejo.

ALEJO

Si no dejándote decir, dices lo que dices. ¡Qué sería si te dejara! Es que tú me haces salir de mis casillas ¡caray!

JUAN

Yo no me avergüenzo de mi familia ni quiero aparecer como rico, pero, ¿cómo hago yo llegar a alguien a esta casa sin que antes se haya embarrado hasta las narices si es invierno y se ahogue con el polvo si es verano?

ALEJO

Es una lástima que no vivamos en una calle asfaltada para poder complacerte y más lástima todavía es que tú tengas unos amigos tan delicados para ciertas cosas y tan poco para otras.

JUAN

Don Alejo, usted no conoce a mis amigos y no tiene derecho para ofenderlos.

ALEJO

Y usted conoce a su familia, y sin embargo, la ofende.

INÉS

Lo que es a mi me parece que esos famosos amigos no pasan de ser unos *tiuques* ridículos como tú.

JUAN

Bajo ninguna forma es posible que yo invite a alguien. ¡Ni un escritorio donde recibirlos!

LALO

Mi pieza se podría arreglar, empapelándola de nuevo y... en fin ¿verdad? Yo me arreglaría en el cuarto de...

ALEJO

¡No faltaba más ¡caray!

JUAN

Además ese rótulo...

ALEJO

¿Cual?

JUAN

Ese que dice «*Isabel Sandoval, Modas*».

ALEJO

¿Hasta el letrero te incomoda?

JUAN

Incomodarme no, pero...

INÉS

¿No te incomodan también las narices en la cara? Si fuera hombre te las deshacía.

ISABEL

Si quieres se puede hacer quitar; tenemos nuestra clientela ya formada y...

ALEJO

¿Quitar el letrero? eso si que nó! no faltaba más! El escudo de armas de la casa; esas armas con que se han defendido ustedes y te han defendido a tí, y nos hemos defendido todos de la miseria? Nó! Tú reniegas de él y yo sin ser nada de tu familia lo defiendo. ¡Quitar el letrero! ¡No faltaba más ¡caray!

JUAN

Yo no digo nada, sólo sé que en donde voy no encuentro letreros sino planchas de...

ALEJO

Plancha, plancha es la que necesitas en la boca porque los dientes los tienes demás.

ADRIANA

Papá ¿qué dices?

ALEJO

Lo que debo.

JUAN

Al fin y al cabo no veo con qué derecho viene usted a reprocharme.

ALEJO

¿Con qué? Con el derecho que me dan los años, el cariño y la razón.

ADRIANA

Papá, no te aflijas.

ALEJO

(Casi llorando). Déjelo usted marcharse. Te llamas poeta y cantas la pobreza, pero cuando te ves cerca de ella le tienes miedo. Andate, sigue la senda que te marca el orgullo, pero te arrepentirás, te acordarás de mí.

(Se cubre la cara con las manos y se queda en silencio, no se sabe si llorando. Isabel, Inés, Adriana y Lalo se acercan a Juan).

ISABEL

Juan, ¿por qué eres así?

ADRIANA

No te da pena entristecer a papá.

INÉS

Juan, si yo te ataco es porque creo hacer bien, yo nunca te he creído malo, yo te quiero; pruébame que no eres malo, has ofendido a don Alejo, y ya sabes lo que te quiere...

LALO

Sí, Juan.

ISABEL

Debes hacerlo.

JUAN

Pero es que ¿no han oído? Me ha insultado.

ISABEL

Hazlo por mí.

JUAN

Don Alejo. ¿Me disculpa usted? Si le he ofendido no ha sido esa mi intención

ALEJO

Hijo, yo sólo he querido aconsejarte, alejar de tí esas ideas y de eso no me arrepiento; ahora que he sido un poco duro, pero tú también. ¡Caray! En fin, te perdono.

INÉS

Bravo! así me gustas hermanito! ven para que te abra- ce. Ya que te marchas, comerás hoy con nosotros?

ALEJO

Perdona Lalo que yo haya venido a entristecer tu fiesta. Alegrarse!

ISABEL

Voy a ver que todo esté listo

JUAN

No mamá, hoy me es imposible comer con ustedes.

INÉS

¿Y por qué?

JUAN

El tío de Santana me tiene invitado.

Vas mañana.

ADRIANA

JUAN

Es que me ha ofrecido un puesto.

INÉS

Vaya! ni el último día te dejan con nosotros.

JUAN

Ya quisiera yo... pero no es posible, son las seis y media, pero volveré.

ALEJO

¿Hoy?

JUAN

Hoy tal vez nó, pero mañana...

ADRIANA

¿Quién lo sabe?

JUAN

Vaya, hasta mañana don Alejo.

ALEJO

Que te vaya bien hijito.

JUAN

Adios mamá. Hasta luego Inés.

INÉS

Ya sabes: vuelve hoy, si puedes.

JUAN

Descuida... Hasta mañana Adriana.

INÉS

Hasta... hasta cuando vuelvas. (Se oye un organillo).

ISABEL

No te olvides de nosotros, Juan; acuerdate que... (Salen todos menos Adriana y don Alejo).

ADRIANA

Y se va, ¡Dios mío! se va!

(Yendo a la ventana y viendo alejarse a Juan).

Vivir en la alegría, tener una ventura,
sufrir horriblemente, morirme de tristeza,
beberme gota a gota un cáliz de amargura
meditando en la amada y en la madre que reza.

Volver después a casa, pedir perdón llorando,
hallar todo en su sitio y todo siempre igual,
a mi madre cosiendo, a mi amada soñando
y el ciego en su organillo tocando el mismo vals.

(Isabel pasa a su cuarto llorando, acompañada por Lalo).

INÉS

(Acercándose a Adriana que llora). No llores Adrianita, que no encontrará ninguna más bonita que tú.

ALEJO

¡Caray! Me ha caído un borrón. (Le pasa la lengua. Inés sentada a coser).

ADRIANA

(Levantándose de su asiento y dejando la costura). Papá ¿me dás el diez para el ciego organillero?

(Don Alejo sin levantar la cabeza entrega la moneda, Adriana que va al balcón y después de llamar deja caer el dinero).

¡¡Ay!! ¡Qué distinto suena hoy!

Telón lento.



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

Aparece doña Isabel y don Alejo

ALEJO

Vaya, doña Isabel, pelillos a la mar; usted anda siempre buscando algo para estar triste.

ISABEL

¿Y encuentra usted que no tengo motivos? ¡Cómo se conoce que usted no ha sufrido por sus hijos!

ALEJO

La verdad que nó ¡caray! porque yo fui el padre.

ISABEL

Pero yo, don Alejo, cree usted que no sufro sin ver a Juan, sin saber de él? Quizás si esté enfermo.

ALEJO

Pero, señora, ¡por San Crispín! Tanto que le hemos dicho que Juan no viene porque no puede; tiene mucho que hacer con la publicación de sus poesías. Juan, usted comprende... pero ya vendrá.

ISABEL

Ya vendrá, ya vendrá y no viene; de los seis meses que está fuera, hace ya cinco que no llega! Ustedes me engañan! Debe estar enfermo, me quiere demasiado para no venirme a ver. ¡Ay! ¡Si yo pudiera ir!

ESCENA II

Dichos: Inés, luego Lalo

INÉS

¿Ya estás llorando, mamacita? Me voy a enojar seriamente contigo.

ALEJO

Se le ha puesto que Juan está enfermo y que nosotros la estamos engañando.

INÉS

Pero, mamá, si Lalo va todos los días a verle ¡está tan atareado el pobre! Dice que no quiere venir hasta que no traiga el premio de los juegos florales.

ALEJO

Eso es.

ISABEL

¿Y falta mucho para eso?

INÉS

No sé si será este mes. Aquí viene Lalo, él te dirá. Lalo, ¿qué te dijo esta mañana Juan?

LALO

(Saliendo). Me dijo que... que él vendría cuando le dieran el premio.

ISABEL

Y no le digiste que yo quería verlo, que yo sufro porque él no viene? Quizás como se lo dices tú con esos modos que tienes...

LALO

La verdad que no soy muy elocuente, pero... en fin... ¿Ustedes me comprenden?

ISABEL

Yo iré a verle, cueste lo que cueste.

ALEJO

Eso sí que nó; no faltaba más!

INÉS

¡Salir con este tiempo tan malo!

ALEJO

Parece que usted no le tiene miedo al reuma o encuentra que no la ha hecho sufrir bastante este invierno.

ISABEL

Es que yo quiero verlo. Don Alejo, usted que es tan bueno.

ALEJO

No me lo diga otra vez, señora; mire que a los hombres basta que les digan que son buenos para que se echen a perder.

ISABEL

¡Para qué lo dejaría irse!

ALEJO

Déjese usted de llantos y de arrepentimientos que servirán para ganar el cielo tal vez; pero que aquí en la tierra, que es en donde vivimos, sobran.

INÉS

Tiene razón don Alejo.

ALEJO

Recuerde que fué usted quien quiso que Juan estudiara una profesión.

ISABEL

Yo

INÉS

Y contra la voluntad de todos nosotros.

ALEJO

Y como nos opusimos, usted creyó que queríamos mal a Juan al desear que fuera un obrero como su hermano.

ISABEL

Yo nunca he dicho que ustedes al oponerse lo hacían con mala intención.

ALEJO

Pero lo daba a entender, que para el caso es lo mismo. ¡Caray! Existe la creencia, que no sé como calificar, de creer que el que no es profesional, y no tiene un título que clavar a la puerta de calle, no es nadie.

ISABEL

Si ese es un reproche don Alejo, me parece injustificado. Creo que como madre tengo el derecho de ambicionar lo mejor para mi hijo; quise darle una instrucción que le permitiera ser independiente...

ALEJO

Ya ve usted que lo ha conseguido.

ISABEL

Que le permitiera ganarse la vida de otra manera más... como diré... más honrosa que la nuestra.

ALEJO

¿Entonces señora...? ¡Ahora me desayuno! Yo tenía entendido que ganarse la vida de una manera honrosa, era como ustedes lo hacen; como lo hago yo; como hacen muchos, trabajando. ¿Usted encuentra poco honroso que Lalo sudando aceite de máquina y escupiendo waípe gane el dinero? O usted cree que un profesional porque está sentado en su bufete puede tener más orgullo o más facilidad para ganar dinero? Pierda usted cuidado que hay muchos que esperan sentados en el bufete a que lleguen los clientes y estos no llegan y esperando, esperando, pierden los mejores años de su vida, la paciencia, el apetito, el modo de andar, y hasta... hasta la costumbre de trabajar iba a decir.

ISABEL

Usted exagera.

INÉS

Yo pienso igual que don Alejo.

ISABEL

Don Alejo es demasiado estremoso.

ALEJO

A honor lo tengo ¡caray! las ideas o se exponen como se debe o se callan; créame señora, todavía es tiempo, llame usted a Juan y dígame que aprenda un oficio; que se deje de leyes y de poesías, que deje el título para los señoritos; los que tienen como pagarlo y guardarlo como

un trofeo del dinero. El es pobre y los pobres no deben vivir solamente de esperanzas; le hará usted un bien a él y a su país que está necesitado de manos espertas que arranquen las riquezas que su suelo contiene.

INÉS

Bravo, don Alejo.

ISABEL

¿Y su título? ¿Sus estudios? No es una locura quitarle las ilusiones al niño?

ALEJO

Más vale que se las quite una madre que no que se las quite el tiempo; es menos doloroso, se lo aseguro. Sus estudios no los pierde; nos quitarán el dinero, el orgullo, nos quitarán muchas cosas en la vida, pero lo que sabemos, eso no nos lo quita nadie ¡caray!

ISABEL

Usted que defiende tanto don Alejo, usted que tiene tan buenas intenciones ¿por qué no es rico usted, por qué no surgió?

ALEJO

Por qué yo también he vivido de ilusiones. Y ahora habla en mí la experiencia. Yo pertenecía a la clase de los que no son ricos ni son pobres.

Fuí ambicioso, (sé, que no es una falta) pero fuí ambicioso torpe. Quería ser mucho y no era nada; era poco y me creía mucho, quería ser rico y no tenía con qué, quería tomar el mundo con las manos y el mundo me tomó

a mí y me arrastró revolcándome. Me sentía con fuerzas para luchar y ser rico, pero ser pobre primero, me avergonzaba. Cavilando, cavilando, el tiempo sin respetar mis dudas pasó sobre mí y después de tanto soñar ví que no era nada: quise volver atrás, pero ya era tarde y entonces, señora, no fuí rico y no digo pobre, por que sólo son pobres los que quieren comer sin trabajar.

ISABEL

Tal vez tenga razón don Alejo.

ALEJO

¿Tal vez? ¿Para que usted me diga tal vez he hecho yo este brillante discurso? ¡No faltaba más! ¡caray! tengo razón, señora... ¡Adriana!

ADRIANA

(Asomándose por una de las puertas con las mangas de la blusa arremangadas, según parece estaba lavando la loza del almuerzo).

¿Me llamas papá?

ALEJO

Trae un muestrario de perfumes.

LALO

¿Se va usted?

ALEJO

Sí hijo, voy a ofrecer esencia a los que hieden flojera, podredumbre y vicio para que disimulen.

ISABEL

Don Alejo usted que es...

ALEJO

Suprima usted el adjetivo, mande usted.

ISABEL

¿Por qué no va usted donde Juan y le habla?

LALO

Eso es.

ALEJO

¡Caray! Eso es mucho pedir, pero en fin ¿es para pedirle que desista?

INÉS

Sí.

ISABEL

Nó, para que venga.

ALEJO

Entonces no.

ISABEL

Hágalo usted por nosotras, por...

ADRIANA

(Entra trayendo el muestrario de don Alejo). Aquí esta papá.

ALEJO

¿Me autoriza para hablarle?

INÉS

Sí, don Alejo.

ISABEL

Haga lo que usted quiera.

ALEJO

Así me gusta.

(Arrancando de manos de Adriana la caja de muestras e incorporándose para marcharse contento como un chiquillo, que después de mucho porfiar ha conseguido un juguete. Poniendo su caja al hombro e imitando a los vendedores ambulantes pregona).

¡Llevo de clavel, de violeta y de jazmin ¿quién quiere comprar?

ADRIANA

¡Papá! ¿qué haces?

ALEJO

Calla, niña, que es un arranque de lirismo.

ISABEL

Rezando porque le vaya bien, me quedo

ADRIANA

Hasta luego, papá.

Adiós, hijita.

ALEJO

INÉS

Hasta luego, don Alejo.

LALO

Hasta luego.

ALEJO

Quedad con Dios. La buena suerte va conmigo.

(Van todos a la ventana menos Isabel que hace mutis, lo despiden con la mano. Lalo se pasea nervioso, va de un lado a otro, cuando estaba doña Isabel y Alejo parecía distraído ahora todo el que lo vea lo creerá muy preocupado).

INÉS

Y a tí que te pasa Lalo, que te veo ir y venir, parece que estás muy preocupado ¿cuánto días que no ves a Juan?

LALO

La verdad es que yo iría más a menudo, pero es que yo... no voy porque como pasa tan ocupado, lo incomodo.

INÉS

¡Cómo se te ocurre!

LALO

La última vez que fui oí que decía al criado que me dijera que no estaba porque... ¿ustedes comprenden?...

INÉS

¿Y no te recibió?

ADRIANA

¿También a tí Lalo?

INÉS

¿Por qué dices también? ¿Te ha dicho algo a tí?

ADRIANA

(Arrepentida de lo que ha dicho). Nó, a mí no.

INÉS

Díme la verdad ¿qué te ha hecho?

ADRIANA

(Dudando al principio, luego). Aquel día que fuí a entregar el traje de la señora Moreno...

INÉS

¿Aquel día que llegaste llorando? ¿Hablaste con él?

ADRIANA

Nó. Al pasar por Huérfanos estaba él apoyado en una de las vidrieras.

INÉS

¿Y qué?

ADRIANA

Yo al pronto me confundí toda y como lo conocía... lo saludé.

INÉS

Y no te contestó.

ADRIANA

Nó, y al pasar oí que le decían algunos de sus amigos: ¿Una conquista más? y... y él no dijo que nó, Inés, no dijo que nó.

INÉS

Oirías mal Adriana, no llores.

LALO

No te vería y por eso no te saludó, yo iré a verlo y le diré que...

ADRIANA

Nó, eso si que no, te lo prohibo.

LALO

¿Por qué?

INÉS

Lalo, hay cosas que no hay para qué preguntarlas. Adriana, recuerda que va a venir la señorita Enriqueta por su abrigo a las cuatro y todavía está con los hilvanes.

ADRIANA

Dame, yo los sacaré.

INÉS

(Inés pasándole el abrigo). Y déjate de lágrimas que te vas a poner vieja; yo voy a ver a mamá que... pobre mamá! (Va al costurero y después de elegir algunos géneros como que va a llevar costura para mientras acompaña a su madre sale).

ADRIANA

(Enjugándose las lágrimas). Yo no sé de dónde han sacado que yo me llevo llorando.

LALO

Yo que te iba a contar un secreto.

ADRIANA

Dílo; te escucho.

LALO

Pero tiene que ser recibido con cara sonriente, porque de otro modo la verdad... no sirve.

ADRIANA

(Adriana con los ojos llenos de lágrimas le sonrío). Así.

LALO

Así. También te voy a pedir un consejo.

ADRIANA

Ya estoy toda curiosa.

LALO

Pero no vas a contárselo a nadie todavía, eh? Me voy a instalar.

ADRIANA

¿Es de veras?

LALO

El patrón me ha ofrecido facilitarme dinero para que instale un taller de mecánica.

ADRIANA

¡Qué alegría, Lalo, qué alegría!

LALO

Y poco a poco voy a pagarle con las ganancias.

ADRIANA

¡Qué contenta va a estar doña Isabel, papá, Juan, Inés... y yo. ¡Supieras el alegrón que me das! ¿Y será pronto?

LALO

Cuando yo quiera, porque en fin... así me ha dicho.

INÉS

(Saliendo). ¡Pero niños, qué conversación tan interesante tienen que no han oído el timbre!

LALO

¿Han llamado? (Hace un movimiento para ir).

INÉS

Debe de ser la señora Enriqueta que viene a buscar su abrigo. (Sale a abrir).

ADRIANA

(Que ha ido a ver por el balcón). Ella es y nosotros que no hemos sentido nada.

LALO

(Aparte. Enojado consigo mismo, tironeándose el pelo, se va arrastrando los pies como si quisiera quedarse).

Yo que le iba a hablar ahora, ahora que estaba resuelto, ahora que... en fin... (Vase).

ESCENA III

Adriana, Inés y Enriqueta

INÉS

Pase usted, señora, ¿cómo está usted?

ENRIQUETA

(Es una señora de aspecto antipático con pretensiones que no cuadran ni a su edad ni a su figura. Habla como un torbellino. Pasa pendiente del espejo; ante él se lleva haciendo posturas y sonriendo a cada momento; siempre se acomoda algo; no se queda quieta en ningún sitio).

Bien, niña; pero deja que descanse: tu escalerita me mata. (Reparando en Adriana). ¿Cómo va, hijita?

ADRIANA

Bien, señora.

ENRIQUETA

¿Me tienen listo mi abrigo?

INÉS

Desde esta mañana.

ENRIQUETA

Así me gusta que sean puntuales.

ADRIANA

¿Quiere usted probarlo?

ENRIQUETA

Espera, niña, ¿qué ya me quieres echar? Deja que respire primero. ¿Y la señora Isabel?

INÉS

Bien, gracias.

ADRIANA

¿Y las señoritas jóvenes no vienen?

ENRIQUETA

No me hablen ustedes de ellas, me tienen cansada. Ahora venían en el coche conmigo y las pasé a dejar a casa de mi hermana. ¡Qué muchachas! ¡qué muchachas! Cada día más desobedientes.

INÉS

Y parecen tan buenas y tan razonables.

ENRIQUETA

Vaya usted a fiarse por las apariencias. La Teresa, donde ustedes la ven, que parece que no quiebra un plato, me ha hecho pasar unas rabietas que sólo Dios y yo sabemos. Pues Juaco, figúrense, tiene un amigo, un compañero de estudios, un muchacho sin más méritos que su carita y unas pretensiones de poeta. Pues no le había dado a esta... no sé cómo llamarla, no se le había ocurrido otra cosa mejor que enamorarse de él?

ADRIANA

Pero eso, señora, no tiene nada de particular.

ENRIQUETA

¿Cómo que no tiene nada de particular? ¿Le parece a usted correcto? ¿Dónde se ha visto que una muchacha?... ¡Ah! En mis tiempos se pedía autorización primero. Y si era de agrado de la familia entonces santo y bueno; cá-sense, pero enamorarse sin autorización de su madre, eso si que no.

INÉS

¿Y si él es bueno?

ENRIQUETA

Yo no digo que sea malo pero ¿quién es? no lo conocemos, no sabemos quien es su familia. Un estudiante que viene de provincias y a quien no se le conoce siquiera una propiedad; muy cumplido es el muchacho. Sin eso no sería amigo de Juaco, pero de ahí a que se case con una de mis hijas hay distancia, hay distancia hijitas, por algo nos hemos de llamar «Pedrosa».

INÉS

¿Quiere usted que probemos el abrigo?

ENRIQUETA

Bueno hijita, y ustedes disculpen, pero cada vez que me acuerdo tengo que desahogarme.

(Ayudada por Inés y Adriana se coloca el abrigo).

Ustedes no saben lo que son estos disgustos, porque no

son madres, pero ya tendrán hijos y sabrán lo que es...
(Refiriéndose al abrigo). el cuello un poco corto.

INÉS

¿Qué dice usted?

ENRIQUETA

Parece que esta arruga proviene de...

ADRIANA

¡Oh! no, es que falta abrocharlo... ve usted como ahora desaparece.

ENRIQUETA

(Dando vueltas y revueltas ante el espejo). No sé que tiene esto que me hace verme tan ancha; parezco una persona de cuarenta; me envejece por lo menos diez años.

INÉS

(Aparte). ¡No presume esta señoral

ADRIANA

(Id.). Calla que te puede oír.

ENRIQUETA

¿Qué creen ustedes que hice para impedir que continuara ese pololeo ridículo de Teresa?

ADRIANA

Nosotras no sabemos...

INÉS

No se nos ocurre porque como no somos madres...

ENRIQUETA

Pero aunque lo fueran, no crean ustedes que es tan fácil desprenderse de un pretendiente, sobre todo con las muchachas que yo tengo, no es por alabarme, son capaces de enloquecer al hombre más cuerdo. Se parecen mucho a mí; porque yo hijitas, sépanlo, todavía hago mis conquistas.

¡Caramba!

Yo toleré mucho, pero ya era imposible: a cada momento me salían con preguntas como éstas ¿me han dicho que se casa Teresita? ¿Para cuando es el matrimonio? ¿Y quién es el novio? ¿es rico? en fin hijitas ¡el diluvio! Sin contar que la casa me la tenían revuelta: en el comedor, en el salón, en todas partes, no se veía otra cosa que poesía, que sonetos, redondillas, redondelas, madrigueras, cuartetas, octavas y que sé yo qué de zarandajas; no podía una coger un papel sin que aparecieran versos; y qué versos! todos chorreando amor, era aquello empalagoso, hasta que un día se me colmó la medida y lo llamé.

INÉS

(Aparte). Nos va a contar toda la historia.

ENRIQUETA

Y le dije: Juan.

ADRIANA

¿Juan?

ENRIQUETA

Sí, Juan Sandoval.

INÉS

¿Juan Sandoval?

ENRIQUETA

Muy buen muchacho: ¿es amigo de ustedes?

ADRIANA

Sí, le conocemos, pero...

ENRIQUETA

(Siempre con la inclinación a pensar en lo malo, cree que... en fin... la verdad... ¿ustedes me comprenden?). ¡Ah! ya.. tal vez... a usted (por Adriana.)

ADRIANA

Si es... es...

ENRIQUETA

Sí, ya comprendo, con usted, si ya; los poetas son así.

INÉS

¡No señora! ¡Se equivoca usted!

ADRIANA

Señora, usted no me conoce y...

ENRIQUETA

No hay porqué ofenderse hijita, ha sido una suposición; a mí no me gusta inmiscuirme en estos asuntos. (*Bien aseguraba yo que Juan era un cualquiera*). Dejemos esto.

INÉS

Nó, no lo dejemos: esas suposiciones son falsas. Juan...

ADRIANA

Inés, nó, no digas nada, no importa.

INÉS

Sí, si importa; de esas suposiciones nacen las calumnias. Juan Sandoval, señora, es mi hermano.

ENRIQUETA

¡¡Su hermano de usted!! Y él que había dicho tantas veces que no tenía familia aquí en Santiago. Ustedes disculpen si algo he dicho que haya podido molestarles, ustedes comprenderán que ante todo están los deberes de madre. Yo no podía...

INÉS

No es preciso la explicación, comprendemos perfectamente.

ENRIQUETA

Bueno; entonces, hijitas me voy antes que se haga más tarde. (Mirando a Inés). Pero si hasta se parecen, no habérseme ocurrido, verdad que como él insistía tanto en que no tenía familia aquí... Me hacen el favor de apuntarlo a la cuenta. ¿Eh?

INÉS

¿Va a llevarlo usted?

ENRIQUETA

Sí, hijita, lo llevaré, como vengo en el carruaje. Me hacen el favor de saludar a la señora Sandoval... ¡Sandoval! ¡Sandoval! ¡es claro! no ocurrírseme!

INÉS

Gracias, señora.

ENRIQUETA

En estos días volveré para que veamos ese traje de que habíamos hablado. Me alegro mucho de saber que Juan es su hermano, y usted chica, perdone, no ha sido con intención de molestarla.

ADRIANA

No hay porqué, señora, estaba usted en su derecho.

ENRIQUETA

Ya saben... volveré en estos días. Hasta muy pronto. (Vase. Inés y Adriana le acompañan hasta la puerta).

ESCENA IV

Adriana e Inés, luego Lalo

ADRIANA

(Derramando toda la angustia que le oprimía el pecho). Inés... Inés... has oído?

INÉS

Pero no ves que esta señora con tanto que habla no sabe lo que dice.

ADRIANA

Porque soy pobre, Inés, nada más que porque soy pobre piensan que Juan...

INÉS

No es porque eres pobre, es porque esa señora es muy torpe; ¿No has visto que a Juan lo encuentran poco para ellas? para tí lo encuentran demasiado. No te importen los demás, quierelo tú, que él, yo te aseguro, él saldrá ganando.

ADRIANA

Nó, ya no es posible.

INÉS

¿No lo quieres ya?

ADRIANA

Nó, nó.

INÉS

Y entonces ¿por qué te aflijas? ¿por qué lloras?

ADRIANA

Lloro... lloro porque si... porque tengo pena... no te preocupes, déjame... déjame, lloro porque lo quise.

INÉS

Yéndose, tiene razón para no quererlo.

LALO

(Entreabre la puerta como preguntando ¿se fué?) ¿Se puede?

INÉS

Si Lalo, entra. (Vase Inés).

LALO

(Acercándose a Adriana) Creí que esa señora no se iba nunca. ¿Has llorado?... tienes los ojos...

ADRIANA

No Lalo, es porque he estado agachada en la costura.

LALO

Si supieras que pena me da verte así! porque la verdad se me figura que sufres.

ADRIANA

No estoy alegre, pero no estoy triste tampoco.

LALO

Es que cuando yo estoy contento me gustaría que todos... en fin. ¡Ay! Adriana ¡felices los que pueden contar todo lo que sienten! ¡Todo lo que piensan!

ADRIANA

¿Y tú no puedes?

LALO

Nó... porque... la verdad... no me salen las frases como yo quisiera, parece que se me quedaran atravesadas entre el corazón y la lengua... en fin... como esperando a no se quien para salir.

ADRIANA

Y doña Isabel, Inés! y yo, ¿no te inspiramos confianza?

LALO

Si, mamá es buena, la quiero pero... no es a ella, ¿Inés?... Inés tampoco; me acerco a tí y no sé por qué a tí no me atrevo...

ADRIANA

¡Lindo! Ahora me vas a salir con que me tienes miedo;

a poco más me dices que soy un ogro, a mí que soy como una madre, como una hermana para tí.

LALO

Por eso. Son unos deseos de sufrir, de llorar, de matar, de tener obstáculos y vencerlos uno a uno, son deseos de luchar con muchos y...

ADRIANA

¡Caray! tú si que te pones feroz, no te conocía yo estos arranques.

LALO

Tú lo dices, feroz, no me importa hacer correr sangre, que me condenen y después desesperarme, pero llegar al fin donde ese alguien que no es mi madre, que no es Inés, y triunfante, luchador, lleno de gloria, postrarme, humillarme y mendigar ¿me entiendes? mendigar para que me escuche, para pedirle que me deje contarle lo que siento, para pedirle que no me deje solo, porque yo, ese yo que vencería mil obstáculos, ese yo es un cobarde.

(Agacha la cabeza y se cubre la cara con las manos, parece que sufre porque Adriana no lo comprende).

No me comprendes, Adriana, no me comprendes!

ADRIANA

¡Lalo! ¿Que tienes? ¿porqué te pones así? a ver levanta la cabeza ¿estás loco?

LALO

¿No me digiste que hablara? ya he hablado, la lengua me parece que no es la misma mía, no sé por qué, pero no es la misma... he hablado... he hablado.

ADRIANA

Tú ocultas algo Lalo, tu sufres cuéntamelo. Estás temblando. (Se acerca más para hacerle un cariño, un cariño como para el hermano menor. Tocándole la frente). ¡Estás con fiebre! tienes ardiendo la frente.

LALO

(El débil, el pobre, el infeliz, el cobarde parece que teme que se rebelen sus instintos animales y olvidando el respeto aprisiona entre sus brazos a... en fin... ustedes comprenden).

¡Nó!! ¡No me toques! no tengo nada.

ADRIANA

(Retrocediendo vacilante). ¿Qué?

LALO

Nada! Nada!

ADRIANA

Si tienes penas por que no me las confías?

LALO

Es que la verdad, no sé si yo... a pesar de que todos ustedes me quieren, me parece que me falta otro cariño; empezó a ser como una sombra que se fué acercando lentamente hasta tomar formas de mujer, empezó a llegar hacia mi de muy lejos, desde el cielo, por todas partes me persigue, la veo en sueños, despierto llorando, riendo, es tan mía... tan mía...

ADRIANA

Y lo será, ten confianza Lalo. Tú eres muy bueno.

LALO

Adriana ¿crees tú que no me dirá que nó? Nunca le he dicho nada, por que... temo que cuando le diga ¡Adriana!

ADRIANA

¿Qué?

LALO

¡Adriana! ¡Adrianita, tú... tú eres «ella».

ADRIANA

(Retrocediendo espantada y dando un grito que parece tanto de sorpresa como repulsión).

¡¡Yo!! ¡Eduardo!! ¡¡Yo!!

LALO

No ves... huyes de mi ¿lo encuentras extraño?

¡¡Eduardo!!

ADRIANA

LALO

Adriana, es la primera vez que me dices Eduardo... perdona... perdóname, no quise...

ADRIANA

Nó... sí...

LALO

No importa, dime que nó, dímelo de cualquier modo, no importa, yo no quería decirlo... ya sabía yo... el mecánico... Adriana, perdón.

ADRIANA

Es que me ha cogido de sorpresa... como nunca me habías dicho nada.

LALO

Creí que querías a Juan.

ADRIANA

¿A Juan? (Vacila un instante y luego con resolución). Nó.

LALO

Verdad que no le quieres?

ADRIANA

Nó. (Sale Inés, segunda izquierda, con trajes).

LALO

Sé que no te merezco, yo no soy más que un obrero...
en tanto que Juan...

ADRIANA

No lo digas, Lalo... ¡Inés! Acércate.

INÉS

Ya voy, espera que deje esto.

ADRIANA

Nó, ven, en seguida.

LALO

¿Que vas a hacer?

ADRIANA

Ya lo verás.

INÉS

(Que ha ido hacia ellos con su costura en la
mano ajena a todo lo que ha pasado)

¿Qué me quieres?

ADRIANA

Para que sepas que Lalo y yo nos queremos.

INÉS

¿Cómo? ¿Qué dices? (se queda helada).

ADRIANA

Lo que has oído.

LALO

¿Lo has dicho? Adrianita ¿Lo has dicho? ¡Qué buena!
¡pero que buena eres!

INÉS

¿Es verdad lo que dices Adriana?

LALO

¿También a ti Inesita te parece imposible?

INÉS

(Abrazando a Lalo, luego a Inés). ¡Lalo! hermano... Adriana
si me parece un sueño. *Adriana*

LALO

Digámosle a mamá.

INÉS

Mejor que esperemos que llegue don Alejo y entonces
reunidos en familia.

LALO

Y a Juan? Yo iré a buscarlo.

ADRIANA

Nó, no hace falta, no querrá venir. Para que molestarlo.

INÉS

¿Molestarlo? ¿no es de la familia? ¿no es Lalo su hermano? no eres tú?...

ADRIANA

Yo lo decía porque...

LALO

Nos cambiaremos todos a una casa más grande porque... Adrianita ¿Le contamos a Inés?

ADRIANA

Sí, es preciso que sepa.

INÉS

¿Otra novedad? ustedes por lo que veo se lo tenían todo hablado.

LALO

Voy a ser patrón, voy a establecerme.

INÉS

¿De veras?

ADRIANA

Sí, de veras.

INÉS

Qué felicidad.

LALO

Arrendaremos otro local más cómodo y yo pondré mi taller ahí mismo... en fin que les parece?

INÉS

Muy bien.

LALO

Y a ti Adrianita?

ADRIANA

A mi? bien, como tú quieras, Lalo ya sabes que...

LALO

Si el negocio va bien ustedes no trabajarán más, por que yo... en fin... ustedes me comprenden?

INÉS

Eso es, y entónces el letrero, Isabel Sandoval, Modas, va quedar sólo como un lujo a la puerta de casa.

LALO

¿Qué quieres que te regale Adrianita? ¿Qué te gusta más?

ADRIANA

Nada... Lo que tú quieras, ya sabes que yo no pido nada.

INÉS

Es claro ¡Bonito novio el que tiene que preguntar! Eso no se le pregunta a ella, se observa lo que más pueda gustarle y si no se encuentra se averigua, se le encarga a otro, a mí, por ejemplo, y entonces yo te digo que...

LALO

(Confundido) Es que la verdad, yo no sé como hacer... por que en fin... como es la primera vez que...

INÉS

(Riéndose) Tiene gracia.

ALEJO

(Dentro) ¡Chiquillas! ¡Chiquillas! ¡señora Isabel! ¿dónde están?

ADRIANA

¡Papá!

ESCENA V

Dichos, Alejo, a poco, Juan

ALEJO

(Entra radiante de júbilo, a poco Juan). Adivinen, adivinen. ¿Quién creen ustedes que come hoy con nosotros?

ADRIANA

(Sin vacilar) ¡Juan!

LALO

¿Juan? (se miran todos angustiados, interrogándose).

ALEJO

Sí. El mismo. He triunfado

JUAN

(Saliendo)—Sí, yo, yo Inesita, yo Lalo.

INÉS

(Abraza llorando a Juan).—¡Hermanito!

ALEJO

Abrázalo ¡Adriana! que es el mismo de antes, pero con un poco más de experiencia, un poco menos de orgullo y aconsejado por don Alejo. (Adriana no hace el menor ademán de obedecer). ¡Abrázalo! ¿no has oído? te lo mando... no faltaba más ¡caray!

ADRIANA

(Interrogando a Lalo con la mirada).—Yo, no sé, si...

LALO

Sí, Adriana.

JUAN

Perdóname, he sido un necio. Necesité estar lejos de ti para saber que...

ADRIANA

Nó, Juan, tú estás muy lejos de mí.

ALEJO

Déjala, son restos de despecho, ya verás! si te quiere más que nunca! (Llamando). ¡Doña Isabel!

JUAN

(Acercándose a Lalo y abrazándole de un modo paternal)—Lalo, ¿me guardas rencor? Perdóname, estoy arrepentido, he sido un loco. Hoy vengo a trabajar, a purificarme, ¿no es verdad que tú me enseñarás? Aprenderé tu oficio, seré tu aprendiz. Díme que sí.

LALO

Sí, Juan, lo que tú quieras,

ESCENA VI

Dichos y doña Isabel

ISABEL

(Saliendo. Al ver a Juan quiere correr para llegar más ligero hacia él, las piernas le flaquean y alcanza a tumbillar, Juan alcanza a sujetarla. Se abrazan de una manera tal que parece que van a quedar unidos para toda la vida)

¡¡Hijo!! ¡Hijo de mi alma! creí que me moría y que tú no llegabas.

JUAN

Madre, madre, perdón; he sido malo.

ISABEL

Déjame que te tenga en mis brazos. ¿Verdad que no te volverás a ir?

JUAN

Jamás, nunca. (Todos lloran).

ALEJO

¡Qué mujeres! Hasta para alegrarse tienen que llorar. (llorando). Que no puedan hacer las cosas como es debido. Hasta a mí... en fin... casi me hacen llorar. ¡Caray!

ISABEL

Juan, Juan, hijo mio.

INÉS

No te agites, mamá, que te hace daño.

ALEJO

Vamos, señora, que lo está usted estrujando.

ISABEL

(Dejando libre a Juan) Cómo no he de abrazarlo si es mi hijo.

ALEJO

Adriana ¿Y tú no le dices nada? ¡Anda! No seas rencorosa. No sabes tú con el cariño que me ha hablado de tí; ves como te mira.

ADRIANA

Es inútil, papá.

ALEJO

¿Me vas a negar que le quieres?

ADRIANA

Sí.

ALEJO

¡Embusteral!

INÉS

¿Y cómo consiguió Ud. traerlo, don Alejo?

ALEJO

Omitiendo detalles. Llegué allá y le dije: Juan, tú te vas inmediatamente a casa: 1.º Porque tu madre lo quiere

y te has portado mal con ella. 2.º Porque estás perdiendo los mejores años de tu vida mientras que tus hermanos trabajan. 3.º Porque si esperas comer de la poesía, la poesía te va a comer a tí. 4.º Porque te vas a quedar sin ser nada i un hombre que no es nada en el mundo es muy poca cosa.

INÉS

Eso es.

ALEJO

5.º Que en casa nos haces falta para quererte.

ISABEL

Cierto, hijito, pasaba tan intranquila.

ALEJO

Y 6.º, que tu quieres a Adriana y...

JUAN

Ya lo creo, si ella perdona mi locura...

ALEJO

La perdona. Desde que te marchaste estaba triste; no hacía más que llorar y se llevaba asomada todo el día a la ventana por ver si volvías.

ADRIANA

Yo, no...

ISABEL

Para que niegas, Adriana, si todos lo sabemos. (Inés y Lalo se miran sin atreverse a más).

LALO

Todos lo sabemos porque, en fin... dí que sí Adriana.

ADRIANA

Lalo! ¿Tú me aconsejas?

LALO

Sí, Adriana... sí, esto tenía que suceder.

ALEJO

Total, que no perdí mi discurso.

JUAN

Ya lo creo que nó. Voy a trabajar con Lalo. Seré tan bueno que estoy seguro que me perdonarás.

INÉS

¡Pobre Lalo! ¿Quieres que le diga la verdad a don Alejo?

LALO

¡Nó! ¡No quiero que sepa, nunca!

INÉS

Y entonces ¿qué piensas?

LALO

Pienso que, en fin, en el corazón no se manda. Nacen algunos para que se enamoren de ellos y otros... para que los quieran por... buenos. Y ya ves tú. Yo sólo soy bueno.

ALEJO

Al ver esa parejita ¿no recuerda sus buenos tiempos? Lo que es a mí ¡caray! se me pone la sangre moza.

ISABEL

Sí mi Alberto levantara la cabeza.

ADRIANA

No, Juan. Es imposible.

JUAN

¿Quieres que me arrodille para pedírtelo? Nunca te he olvidado, créeme Adriana, créeme.

ADRIANA

Sí, te creo, pero...

JUAN

¿Y entonces porque dudas? (Se oye un pito o sirena a vapor de una fábrica cercana).

LALO

¡Las seis!

INÉS

¿Te vas ya?

LALO

Sí.

ISABEL

Y no te disculparían si no vas hoy al trabajo.

LALO

No puedo (toma el sombrero de la mesa).

ADRIANA

Lalo, no te vayas.

LALO

Si es que tengo... debo irme.

ISABEL

Déjalo hijita que tiene que ir al taller.

LALO

Sí, el taller... debo...

ADRIANA

Lalo, no te vayas mira que soy capaz de... de decirle que sí.

LALO

Sí, dilo, tú ya sabes que yo, en fin, tú me comprendes. Yo siempre me resigno.

ADRIANA

¡Lalo!

LALO

Hasta luego (le pasa la mano, Adriana trata de retenerlo).

ADRIANA

¡Nó! ¡Nó!

LALO

(Desprendiéndose violentamente) Sí.

(Besando a doña Isabel una y mil veces como queriendo arrancarle a su madre de cada beso coraje).

¡Mamá! ¡mamá!

ISABEL

Y no te vengas muy tarde.

ALEJO

Que te vaya bien.

INÉS

Abrígate bien para que no tengas frío a la vuelta ¿Quieres llevar tu abrigo?

LALO

Si yo ya... no siento el frío... la verdad... en fin ¡Adiós!

(Sale Lalo. Inés se acerca al balcón y lo despidе).

ADRIANA

Ves lo que has hecho Juan.

JUAN

¿Acaso Lalo?

ADRIANA

Sí.

JUAN

¡Pobre Lalo! ¡tan bueno!

ALEJO

(A Isabel) Con Lalo surgirá, verá usted como el nombre de «Isabel Sandoval, Modas», va a subir a las nubes.

(Se oye el organillo que toca una canción muy triste y melancólica, al oirla Juan y Adriana se estremecen).

JUAN

¿Te acuerdas?

ADRIANA

Sí.

ALEJO

Adrianita; tu amigo.

JUAN

Y el mío don Alejo... ¿recuerdas Adriana?

(Ambos insensiblemente se van acercando al balcón, juntándose mucho).

ADRIANA

Si los he recordado Juan.

JUAN

¿Todos los días?

ADRIANA

¡Todos los días!

JUAN

¿Cómo eran?

ADRIANA



Volver después a casa, pedir perdón llorando,
hallar todo en su sitio, y a todo siempre igual.
A mi madre cosiendo, a mi amada soñando.
Y el ciego en su organillo, tocando el mismo vals.

Telón muy lento



Esta obra es propiedad de su autor. Nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en Chile ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.